

# LA CONFIANZA DE UN PERRO

Por *KAY HEISTAND*

YO LLEVARE la ensalada, Daniel -anunció Gerardo levantando un paquete de la mesa de la cocina.

Su hermano levantó los sandwiches.

-Mamá, nosotros tenemos que encender los fuegos y arreglar las mesas.

-Muy bien, muchachos -respondió la mamá con una sonrisa mientras ellos salían por la puerta-. Tengan cuidado, especialmente cuando crucen el arroyo.

-Sí, mamá -prometieron.

Gerardo silbó para llamar a Perla, su perra pastora alemana y esta acudió deleitada. Daniel le echó el brazo al cuello y la atrajo hacia sí. Ambos la querían mucho. Había vivido con ellos durante ocho años y apenas podían recordar algún acontecimiento en que ella no hubiera participado.

Los muchachos se dirigían a un parque. grande para realizar un picnic. Si en lugar de ir por la carretera cruzaban el parque hacia el lugar designado para los picnics, la distancia se acortaba en varios kilómetros. Decidieron pues, adelantarse con su perro. Sus padres vendrían después en el auto, trayendo las cosas más pesadas.

Fueron de los primeros en llegar. Ese era un picnic anual que realizaba la compañía donde trabajaba su padre. Después de preparar las mesas, los muchachos se pusieron a jugar a la pelota y pronto se olvidaron de la hora.

Cuando las señoras llamaron a todos a comer, por primera vez se dieron cuenta de que sus padres todavía no habían llegado.

-¿Qué habrá ocurrido, Gerardo? -preguntó Daniel cuyos ojos azules se habían vuelto muy serios. Daniel era el más callado y siempre se preocupaba más por las cosas.

-Oh, no habrá pasado nada. ¡Tú te afliges demasiado! -le replicó Gerardo, arrugando su nariz pecosa. En ese momento el jefe de su padre se les aproximó y les dijo:

-Muchachos, justamente antes de salir nos avisaron sus padres que no podrían venir al picnic... -y como vio que los muchachos se alarmaron, añadió apresuradamente-: ¡No se contraríen! La abuelita de Uds. se enfermó, pero dijeron que no era nada grave. Sus padres tienen que ir a verla; pero nosotros los llevaremos de vuelta a su casa.

-Gracias, Sr. Saunders. ¿Está Ud. seguro de que mi abuelita no está grave? -preguntó lentamente Gerardo. Era terrible pensar que su querida abuelita estuviera enferma.

-No muy grave -repitió el Sr. Saunders, dándole unas palmadas a Gerardo en el hombro-. No se aflijen muchachos, y no vuelvan a la casa sin esperarnos.

-Gracias, Sr. Saunders -le respondió Daniel.

Como ocurre en ese tipo de picnics, había mucho alimento, pero los muchachos casi no pudieron comer. Se sintieron aliviados cuando la gente comenzó a juntar las cosas para regresar a la casa.

Sin hacerse esperar, los dos, con Perla a su lado se pararon junto al brillante automóvil nuevo de los Saunders, esperando hasta que él y su esposa terminaran de alistarse para salir.

-Bueno, muchachos, veo que están listos -dijo el Sr. Saunders con una voz recia, al acercarse al carro.

-Sí, señor -afirmaron los muchachos sonriendo débilmente, porque ese hombre siempre les había infundido un poco de miedo.

-¿Qué es eso? Ese no es el perro de Uds. ¿es suyo muchachos? -dijo entre alarmado y disgustado al ver el enorme perro de policía que los acompañaba.

-Si, señor. Esta es Perla -explicó Daniel con mucha dignidad.

El Sr. Saunders miró a su esposa, irritado. Esta no dijo nada.

-¿Vino con Uds. por el parque?

-Sí, señor -respondió Gerardo-. Va a todas partes con nosotros.



El Sr. Saunders miró su auto nuevo y reluciente, y la hermosa tapicería, y dijo:

-Pero no puede ir en mi auto. ¿Pelos en los asientos nuevos? ¡Absolutamente no! De cualquier manera, no me gustan los animales.

Los muchachos escucharon asombrados. Entonces Gerardo declaró valientemente:

-Muchas gracias por su oferta, Sr. Saunders, pero volveremos a casa cruzando el parque con Perla. De ninguna manera podemos dejarla.

- ¡Tonterías! -exclamó el hombre-. El perro puede volver solo, perfectamente. Pero Uds. no van a regresar cruzando ese parque oscuro. Le prometí a sus padres que los llevaría a casa, y los llevaré. ¡Pero no prometí nada con respecto al perro!

Y diciendo así el Sr. Saunders tomó a Daniel por los hombros y lo condujo firmemente hacia el automóvil.

-Pero, por favor. -. por favor, Sr. Saunders -le rogó Daniel-. Tal vez Perla no se dé cuenta de que tiene que volver a casa -dijo tratando de reprimir las lágrimas.

-Puede seguir al auto -respondió enojado el Sr. Saunders dando un portazo cuando Gerardo hubo entrado.

-Pero, Sr. Saunders, eso es aún peor. Si ella trata de seguir al carro, la pueden matar en la carretera -dijo Gerardo que ya estaba llorando.

Mientras su esposo arrancaba el motor, la Sra. Saunders se volvió para mirar a los chicos que estaban en el asiento trasero, y les dijo alegremente:

-Muchachos, la perra probablemente cruzará el parque y llegará a casa antes que Uds.

---Anda a casa, Perla. Anda a casa -le ordenó Gerardo, sacando la cabeza por la ventanilla. Pero la perra se sentó sobre sus patas traseras, inclinó la cabeza hacia un lado, y lo miró con sus fieles ojos castaños, sin comprender lo que le decía.

-No comprende lo que le dices -dijo Daniel que casi no podía hablar de pena-. Nunca. -. nunca le hemos enseñado eso, Sr. Saunders.

Daniel rogó, y suplicó, pero el hombre lo ignoró y partió apresuradamente.

Los muchachos miraron por la ventanilla de atrás pero ningún perro lo seguía.

Cuando llegaron a la casa, salieron en seguida del carro para buscar a Perla.

-Gracias, Sr. Saunders -dijo Daniel forzando una cortesía que no sentía ¡Al fin y al cabo el Sr. Saunders era el jefe de su padre!

-Su perro pronto volverá a la casa muchachos, no se aflijan -trató de con solanos la Sra. Saunders al partir.

La casa estaba oscura y los muchachos se sentaron en los escalones de porche, muy enfadados.

-¡Yo sabía! -dijo Gerardo-. Mamá y papá tampoco están todavía en casa. Si estuvieran podríamos volver adonde tuvimos el picnic...

- ¿Y si siguió al carro? -pregunte Daniel tímidamente expresando sus temores.

-¡Vayámonos al borde del parque y llamémosla!

Gerardo se puso de pie de un salto aliviado por la perspectiva de poder hacer algo. Junto con su hermano recorrieron la media cuadra que los separaba del borde del parque y silbaron y llamaron. No se atrevieron a internarse en el bosque, porque se les había prohibido expresamente que lo hicieran de noche. Pero su perro no apareció. Entonces volvieron a la casa muy desanimados y afligidos.

Los padres todavía no habían regresado. Los muchachos esperaron uno minutos más y luego se fueron a acostar.

Gerardo oía que Daniel se daba vueltas y vueltas.

-Daniel, ¿estás bien? -le preguntó finalmente.

-Gerardo, estoy seguro de que nos siguió por la carretera y que la atropelló un carro -dijo Daniel sollozando

-Trata de no afligirte, Daniel - dijo Gerardo de mal humor, procurando tragar el nudo que se le había hecho en la garganta-. En cuanto amanezca cruzaremos el parque y veremos si la encontramos.

Gerardo durmió muy mal, y cuando oyó que sonaban las cuatro en el reloj, no pudo aguantar más. Se levantó silenciosamente de la cama y empezó buscar las ropas a tientas. Daniel lo oyó inmediatamente.

-Gerardo, ¿te estás levantando?

-Si, pronto va a aclarar.

Daniel saltó de la cama.

-Iré contigo.

Cuando los muchachos bajaron las escaleras oyeron el motor de un automóvil y vieron luces en el camino de entrada.

-¡Ahí vienen papá y mamá! -gritó Gerardo corriendo afuera.

El padre detuvo el carro al lado del porche de atrás.

Bueno, muchachos ¿qué están haciendo a esta hora?

-¿Cómo está abuelita? -preguntaron ambos al mismo tiempo.

-Está mejor. Mamá quedará hoy con ella, pero yo volví a casa para ver cómo estaban y para alistarme para ir al trabajo -dijo el padre pasándose la mano por el rostro cansado-. Tuvo un pequeño ataque, pero ahora nos reconoció y lo que necesita es descanso y cuidado.

-Me alegro mucho, papá. Pero hemos perdido a Perla.. -dijo Daniel, y no pudo continuar más.

Gerardo explicó rápidamente la situación. Aunque su padre estaba tan cansado, no vaciló un solo instante.

Suban al carro, muchachos. Iremos al parque por el mismo camino por donde los trajo el Sr. Saunders y veremos si podemos encontrarla.

Daniel, que estaba sentado en el asiento de atrás, inclinándose hacia adelante, puso su mano sobre el hombro de su padre.

-Papá, oré y oré por abuelita y por Perla. ¿Estaba mal que orara por un perro?

El padre sacudió la cabeza.

-No, hijo, Perla los quiere y los ha querido y ha cuidado de Uds. durante toda su vida. Ella les ha sido leal y fiel, y es nada más que justo que Uds. la quieran y la cuiden.

Se estaba haciendo de día, pero el papá todavía tenía las luces prendidas. Los tres observaban los lados del camino cuidadosamente, temiendo encontrar en cualquier momento el cuerpo de un perro grande tirado sobre el pavimento.

-¡Oh, papá!, ¿dónde podrá estar? -exclamó Daniel cuando llegaron a la entrada del parque.

-Tal vez está aguardando donde la dejamos -dijo esperanzado Gerardo.

Confiemos en que así sea, muchachos. Alguien puede habérsela llevado. En ese caso iremos al corral municipal. Investigaremos en todas partes -dijo el padre encarando muy bondadosamente el asunto.

Al recorrer un camino circular llegaron al lugar donde habían realizado el picnic el día anterior.

El padre detuvo el carro y prendió las luces altas. Allí, en el amanecer frío y gris, sentada al lado del gran fogón de piedra donde la habían dejado, estaba Perla. Los muchachos saltaron del carro y corrieron hacia ella. Perla les saltó a los brazos, luego siguió brincando y corriendo alrededor de los muchachos. Estaba como extasiada.

-Esperé hasta que volvieran. Qué fe, qué fe sencilla y confiada tiene. ¡Jamás dudó que volverían a buscarla! -dijo repetidas veces el papá.

Daniel la abrazó y lloró sobre el pelo áspero y húmedo del animal. Gerardo la llamó para que se subiera al auto, y quitándose la chaqueta la usó como toalla para secarla. Estaba mojada por el rocío de la noche, pero el papá jamás dijo una palabra acerca del asiento del automóvil.

El papá se detuvo en el camino de entrada a la casa y allí se volvió para mirar a los dos muchachos felices que venían en el asiento de atrás. Perla, agradecida, poniendo sus patas delanteras sobre el respaldo del asiento, trató de lamerle la cara.

-Muchas gracias, papá -dijo solemnemente Gerardo-. Creo que también mis oraciones ayudaron, ¿no es cierto?

-Estoy seguro de que lo hicieron, muchacho -le aseguró el papá acariciando su cabeza pelirroja-. Tengan siempre en su corazón fe y confianza en Dios. Esta noche han visto un maravilloso ejemplo de otra clase de confianza y lealtad; ¡nunca deben olvidarlo!

Los muchachos volvieron a abrazar a Perla.

-¡Nunca lo haremos! -dijeron los dos a coro.